

HEREDIA FELIZ

La Arabia de los panales y los aromas no le lleva ventaja a nuestra pequeña provincia de oro; cada uno de sus redondos cafetos viste por la primavera el traje prometedor de novia, ornado de azahares, no de naranjo, pero más níveos y más olorosos aún que aquellos de pistilos dorados que son orgullo primaveral del naranjero, y cada arbusto orondo viene a ser, así como puesto en jarras, por la estación caliente del regocijado Baco, no la promesa consoladora ya, sino la riqueza misma y el hurra entusiástico de la República. Heredia es la provincia de oro, es una valiosa plantación de café, sin rival en el país.

La ciudad capital no es grande, pero es un pequeño dije. Viene a ser toda ella como un solo gran hogar, porque la casa vecina siente el chisporroteo y el calor de la otra; porque en aquella sociedad, por especial condescendencia de los dioses, tan ofendidos con la tierra, aún

suenan el arpa de la concordia y cantan los recuerdos siempre deliciosos y bienhechores de la sencilla fraternidad de los pueblos. El mío y el tuyo, patrimonio infame del rebelde expulsado del Eufrates, no media allí en la manera que hace crecer su vientre donde no calienta la mirada piadosa de los inmortales, y antes bien, del modo que el perfume sabio desparramado por Eolo sobre todo el vecindario, regala las pituitarias de cada cual, sea rico o pobre, así, en igual forma, se reparte en proporción que no agravia, el éxito de la vendimia.

El Baco costarricense, más piadoso aún que el Baco antiguo, entabla su danza alegre en la ciudad de Heredia, para que cada labio se tiña en el tinte de nuestro aromático despertante licor. La niña delicada que pasea su hermosura y gentileza por la galería rica en macetas de la cómoda vivienda, no goza más, oculta bajo sus telas de aire, que la churrigueresca campesina que esconde sus morbideces en los pliegues del cambray y la zaraza. La una es señora; pero la otra no es esclava; que también es ingenua por el milagro del trabajo y de la repartición del haber.

No tenemos afán de engolfarnos en metafísicas sociales; decimos llanamente que Heredia es una provincia dichosa, más que Arabia feliz, la que logró aprisionar en su laboratorio los rayos del sol que engendraron el café.

El Heraldo de Costa Rica, 14 de mayo de 1897.